

LA LEYENDA DE LOS SANTOS (FLOS SANCTORUM
DEL MS. 8 DE LA BIBLIOTECA DE MENÉNDEZ
PELAYO)

Somos pocos, hasta ahora, los que sabemos que el manuscrito 8 de la Biblioteca de Menéndez Pelayo atesora deliciosos relatos, pero pronto podrán degustarlos los aficionados a las leyendas de sabor medieval, porque la misma biblioteca de Menéndez Pelayo los publicará en una edición al cuidado de Isabel Uría Maqua y de quien escribe estas líneas.

Se trata, para mayor precisión, del manuscrito 8 en la numeración del *Catálogo de los manuscritos de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo* de Miguel Artigas (1930), aunque en realidad constituye la primera parte de un códice facticio con la signatura M-169 (*olim* R-I-5-9). Sabemos por un inventario de la biblioteca de don Alonso Osorio, Marqués de Astorga, que ya en 1593 se habían unido artificialmente y encuadernado en pergamino las dos partes de este códice: el ms. 8 y el 9. Quien tuvo en aquella remota época la idea de unirlos lo hizo en atención a que se trata de dos copias hermanas de una versión castellana de la famosísima *Legenda aurea* latina que el dominico genovés Jacobo de Vorágine compuso en la segunda mitad del siglo XIII; pertenecen a un tipo de santoral o compilación de vidas de santos conocido como *flos sanctorum*, que se difundió mucho en la Península y en toda Europa en latín y en las lenguas vernáculas durante la Edad Media y el Siglo de Oro.

Aunque el dato cierto de ese inventario sitúe el códice en la casa de un noble, podemos pensar que su origen, casi con toda seguridad, fue conventual. En realidad ambos ambientes acogieron estas colecciones de leyendas hagiográficas, porque lo que comenzó siendo, en el siglo XIII, un prontuario para uso de religiosos (por más que los relatos pudieran alcanzar el dominio público a través de la predicación), terminó por convertirse en los siglos XV y XVI en una lectura habitual; aun más, en un libro que los nobles valoraban para sus bibliotecas como signo externo de devoción y de acendrado catolicismo, en una época en la que poder demostrar tales rasgos religiosos evitaba problemas.

Lo llamativo es el cambio de fortuna que se ha operado en la recepción de estos relatos: durante la Edad Media las vidas de santos fueron la lectura principal, como refleja el hecho de que la palabra *leyenda* pasó a significar por antonomasia (y cito el diccionario de la Real Academia) 'historia o relación de la vida de uno o más santos'; la hagiografía fue en efecto el más prolífico entre los géneros narrativos de transmisión escrita, a juzgar por la cantidad de referencias que podemos sumar; y sin embargo posteriormente estas leyendas, en sus versiones más fabulosas, fueron arrinconándose hasta caer en el olvido. De hecho, pese a que pasan de diez los manuscritos medievales que conservan versiones castellanas de la *Legenda aurea*, ésta de Santander será, que sepamos, la primera edición íntegra de un *flos sanctorum* medieval castellano.

Ese sorprendente olvido se explica por dos prejuicios históricos. En gran medida fue responsable la propia Iglesia, que a partir del siglo XVI se esforzó en purgar la hagiografía de sus componentes legendarios, que son los predominantes en los siglos medievales. Por otra parte la laicización de la cultura en la época contemporánea hizo que los gustos literarios corrieran por otros derroteros; y cuando se volvían los ojos hacia la Edad Media, se ponían con mayor deleite sobre la épica y la caballeresca, ignorando lo que ahora vamos

sabiendo: que en no pocos aspectos los relatos sobre héroes están estrechamente relacionados con las vidas de santos.

Afortunadamente, en las últimas décadas los rastreadores de leyendas hemos encontrado en esos relatos una fuente inagotable, e intentamos rescatarlos de la condena de quienes repudiaban lo apócrifo, y del olvido de quienes desdeñaban lo religioso sin pararse a comprobar que las hazañas piadosas de los santos no son menos heroicas o menos maravillosas que las de los caballeros. Creemos (y pronto otros podrán estimarlo) que leer las versiones castellanas, hasta ahora inéditas, de los relatos hagiográficos no es sólo enriquecerse en el conocimiento de la literatura, de la sociedad o de la mentalidad de una época, sino también acceder a fabulosas invenciones que hoy pueden leerse como la modalidad religiosa de la literatura fantástica. Muy poco tiene que ver su dulce sabor con el rancio de los tratados estrictamente ascéticos y espirituales de la hagiografía moderna y contemporánea.

Volviendo a los datos, es muy probable que el ms. 8 fuera una colección más amplia de lo que se ha conservado. En su estado actual contiene 44 relatos, de los cuales 35 son vidas de diversos santos (la *Istoria de sant Patricio* está repetida). El resto son episodios del Nuevo Testamento: la Anunciación de María, la Pasión de Jesucristo, la Resurrección, la Ascensión, Pentecostés, la Asunción de la Virgen; hay asimismo un capítulo sobre el Hallazgo de la Cruz de Jesucristo, otro en el que se exponen las razones de las Letanías, y, en los tres últimos folios, parte de los relatos relacionados con la Exaltación de la Santa Cruz. Toda la materia de nuestro manuscrito procede, según parece, de la *Legenda aurea* de Jacobo de Vorágine, a excepción de la *Istoria de sant Mamés*, de origen incierto. Los 44 relatos que transmite el ms. 8 forman una menguada colección si se compara con los 182 episodios de Vorágine.

Es algo general que los santorales castellanos omitan muchas vidas de la *Legenda aurea*, pero, con eso y con todo, hay razones para pensar que se ha perdido parte de la copia

del ms. 8: sería raro que el amanuense arbitrariamente empezase en febrero y finalizase en agosto, cuando la *Legenda aurea* recorre todo el ciclo litúrgico, desde Adviento, a finales de noviembre, hasta llegar otra vez a noviembre. Además, el comienzo y el final del ms. 8 son abruptos, carece de título general, de índice, y tampoco hay nada parecido a un *incipit* o un *explicit*. Asimismo la adición de los tres últimos folios, aunque probablemente sean un resto de otra copia, refuerza la idea del carácter fragmentario del ms. 8. Por otro lado, el ms. 9, que es, como queda dicho, una copia hermana de la misma traducción castellana, pero del siglo XV, abarca todo el año litúrgico. Así que parece que lo conservado es sólo parte de lo copiado en su día.

Ni siquiera el segmento de la *Legenda* que reproduce el ms. 8 (del 22 de febrero al 15 de agosto) está completo, pues de 76 capítulos de Vorágine faltan 36, aunque de estas omisiones es responsable el traductor, y no el copista ni una pérdida azarosa. Podría pensarse que el criterio del traductor fue limitarse a las vidas de los santos más renombrados, o los episodios más señalados, pero se echan de menos santos muy venerados, como Domingo de Guzmán, así que cabe conjeturar que el traductor tomó lo que a él más le interesó, de acuerdo con su devoción e intereses y los de su entorno.

Pues bien, en el volumen de inminente aparición, ofrecemos la colección íntegra (44 relatos) complementada con un estudio preliminar dividido en los siguientes apartados: Introducción, El códice, La lengua, La *Legenda aurea* de Vorágine como fuente (cotejo), La misteriosa *Istoria de sant Mamés*, El ms. 8 frente a otras compilaciones castellanas, Criterios de esta edición, Bibliografía.

Un aspecto fundamental de ese estudio preliminar es la comparación de la versión castellana con la fuente latina, un cotejo detallado del que se pueden extraer algunas conclusiones sobre el modo de trabajar del autor castellano. Por ejemplo: que la *abbreviatio* es el procedimiento habitual del traductor, quien no sólo resume, sino que incluso omite par-

tes enteras de los capítulos, aunque también es cierto que excepcionalmente añade elementos ajenos a Vorágine (como la *Istoria de sant Mamés*). Al analizar el tipo de detalles o de pasajes enteros que elimina el autor castellano, comprobamos que se propuso no tanto una traducción fiel como una vulgarización de la *Legenda aurea*, pues su versión, además de estar en la lengua del pueblo, es más sencilla, aligerada de doctrina, menos problemática, centrada en los acontecimientos, con atención a la peripecia, a lo más llamativo, en general más apta para el gran público.

Prueba del interés creciente de este tipo de relatos es que, además de esta primera entrega, ya hay proyectos de edición de otras colecciones castellanas similares (manuscritos o incunables) en los que están trabajando algunos investigadores norteamericanos. Pero el ms. 8 de la Biblioteca de Menéndez Pelayo posee un interés adicional: que se trata de uno de los santorales castellanos más antiguos, pues de los catorce *flores sanctorum* castellanos que tenemos localizados anteriores al año 1500, solamente éste y el 10252 de la Biblioteca Nacional de Madrid fueron datados en el siglo XIV. Habrá que precisar, no obstante, que si bien Artigas fechó todo este manuscrito (73 folios de papel) como del siglo XIV, el tipo de letra y las diversas filigranas que muestran los setenta primeros folios permiten también pensar en una época más tardía, como comienzos del XV (hasta 1425, aproximadamente). Es probable que los tres últimos folios fueran copiados anteriormente, como observó Artigas, ya que están escritos por una mano distinta, y en el último de ellos hay una filigrana de aspecto primitivo (no la hemos podido identificar), aunque nunca antes de mediados del XIV, pues presentan el mismo tipo de escritura gótica cursiva que el resto del manuscrito.

De momento, para premiar al paciente lector, y como anticipo de las maravillas contenidas en este interesante manuscrito, ofreceremos un bocado de uno de los mejores platos: la original *Istoria de sant Mamés*. Al final del relato, entre los diversos intentos por dar muerte a san Mamés, las fieras no sólo no devoran al santo, sino que:

Estonce el adelantado mandó a los sus omnes *que* tenién en guarda aquellas bestias bravas, *que* las [63c] ayuntasen e *que* las echasen a sant Mamés por *que* lo matasen. E los ser-vientes metieron a sant Mamés en el corral do estaban aquellas bestias bravas, *que* eran de muchas maneras, e soltaron una ossa, *que* se venié a él, e la ossa, corriendo, vino echar de ino-jos antél. Desque vieron *que* le non fazia mal aquella ossa, echáronle un león pardo muy grande e muy bravo, e fuese para él, e echól los braços al cuello, e abraçándolo, lamiél con su lengua e alinpiávale los sus sudores.

E el adelantado, veyendo cómo non le fazían mal estas bes-tias, mandó a los leoneros *que* tomasen los más fuertes leones, e *que* los tovesen presos veite días, e después, fanbrientos, *que* los soltasen e los echasen a sant Mamés. E el león *que* de començo^{Sic} dixemos *que* viniera a sant Mamés por mandado del Spíritu Santo, él, bramando, desce[n]dió de la montaña, entró en la cibdat, e non fizo mal ninguno, mas fuese muy aína al corral do tenían a sant Mamés, *quel* querían echar a las bes-tias bravas, abriéronse las puertas, e entró, e cató a sant Mamés, e fabló el león por la gracia de Dios, e dixo: «O natu-ra mala de omnes, cubierto[s] de spíritu malino, veet muy fuer-te cosa, *que* es contra natura: por vós me fazen fablar los ánge-les». E en diziendo aquel león esto, vinieron los ángeles e cerraron las puertas del corral do estaban, *que* non pudiesen sallir ninguno, e aquel león, andando bravo por aquel lugar, despedaçó e mató mu|chos [63d] de aquellos gentiles e de judíos *que* estaban y.

FERNANDO BAÑOS VALLEJO
Universidad de Oviedo